

176

Juan Buridán

POR

MICHEL ZEVACO

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE LA
EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, DE
MADRID, CON CUYA AUTORIZACION
SE PUBLICA

El sargento empezó a temblar.

—Por haber consentido en traerme aquí en lugar de llevarme al Temple—contestó Bigorne.

—¡Cien escudos por tan poca cosa!

—¡Bien! —dijo tranquilamente Bigorne—, ¡ya le parece al rey que su bufón no vale cien miserables escudos!...

—Vamos—exclamó el rey—que le den a este hombre diez escudos y no se hable más de esto. Pero en lo sucesivo economiza mi dinero, si quieres que quede algo para tí.

—Amigo mío —dijo Bigorne, acercándose al sargento—, te prometo cien escudos en nombre del rey; puesto que el rey no cumple la palabra que yo dí en su nombre, te presentarás de mi parte al

tesorero; te cedo mi paga de un año.

—¡Está bien!—exclamó Luis—. Que le den sus cien escudos. Y luego que le tengan durante cien días encerrado en un calabozo por no haber cumplido la orden que recibí de llevar su prisionero al Temple.

El sargento se marchó entre satisfacción y furioso.

Bigorne pensaba:

—He dicho la paga de un año. De modo que el bueno de Luis cree que me instalo aquí a perpetuidad.

—Sígueme—dijo Luis a su nuevo bufón, en tanto que los presentes, a una seña del Monarca, se retiraban a la antecámara.

XXIV

El rey y el bufón

Cuando todos se hubieron retirado, el rey entró en su cuarto seguido de Lancelot Bigorne, que tomaba posesión de su empleo de bufón y que, por lo demás, se daba perfecta cuenta de que aún no había acabado con el rey. Por el contrario, la lucha, porque era una verdadera lucha la que iba a

entablarse entre los dos hombres, comenzaba en aquel momento.

La más pequeña imprudencia podría ser causa de que el pobre Lancelot perdiese al mismo tiempo su empleo de bufón y su vida de truhán.

El rey se sentó en su sillón.

Lancelot Bigorne, sin haber sido invitado, se acomodó en un taburete; esta es una de las prerrogativas de su empleo, porque el oficio de bufón constituía lo que llamaban un «empleo», con sus molestias, con sus deberes y hasta con sus peligros; pero también con sus beneficios y sus prerrogativas, mejor dicho, sus inmunidades.

Comodamente sentado ante el rey su amo, Lancelot Bigorne juzgó prudente esperar a que éste le interogase.

En efecto, después de reflexionar unos instantes, el rey le dijo:

—Bueno, señor bufón, vengan esas revelaciones: ¿qué tienes que decirme a propósito de lo que sucedió en la Torre de Nesle? Cuando me llevaste allá te contentaste con dejarme delante de una puerta, diciéndome que buscara y encontraría. Busqué y nada encontré. ¡Sin embargo—añadió con sombría expresión—, es preciso

que encuentres. ¡Habla, pues, si es que sabes algo!

Lancelot abrió los ojos con asombro, en tanto que su nariz, que era muy larga y de una movilidad extraordinaria como todo su rostro, parecía alargarse y encurvarse, pronta a arrojar, a precipitarse en la inmensa concavidad que le servía de boca.

—¿Yo tengo que hacer unas revelaciones?... ¡San Bernabé y San Pancracio me asistan! ¡Permita Dios que todos los diablos del infierno la emprendan conmigo a tizonazos y me saquen a tiras mi pobre piel; permita Dios que todo el fuego del infierno, que todas las llamas del reino infernal estiren y alarguen mi lengua hasta el punto de convertirla en una rodilla excelente para fregar el suelo, si comprendo una palabra de lo que me decís!

—Sin embargo—exclamó el rey—¿no me han dicho que querías hablarme acerca de eso?...

—¡Ah, sí! ¡es verdad! Os han dicho eso—replicó tranquilamente Lancelot—; pero, veamos: ¿No era necesario decir algo para ser admitido a la presencia del rey? Supongamos que le hubiesen dicho al rey cristianísimo y todopoderoso: «Lancelot Bigorne desea hablaros». El rey hubiera contesta-

do: «¿Quién es Lancelot Bigorne?... Que encierren al tal Bigorne en un calabozo y que me dejen en paz». Y así lo hubieran hecho. Mientras que han dicho: «Lancelot Bigorne desea revelar algunas cosas que sabe acerca de la Torre de Nesle», e inmediatamente han conducido a Bigorne a presencia del rey, y hétele ya al abrigo de todo al lado de su poderoso amo.

—Entonces—dijo el rey, contrariado, porque Lancelot le parecía sincero—, ¿no sabes nada? ¿No has sorprendido ningún secreto?

—¡No sé nada! ¡Nada!... Ni lo más mínimo... No sé más que lo que ya os dije: «¡Llama, y te abrirán! ¡Busca, y encontrarás!...» ¡Y que me muera, que la fiebre me haga tritirar y dar diente con diente durante toda mi vida, si miento!

—¡Vamos!—murmuró el rey, lanzando un suspiro—, no hablemos más de ello.

Y pensaba:

—¿Cómo saber?... ¿Quién me hablará? ¿Quién me dirá la verdad, toda la verdad?... ¡Oh! Al que lo supiera, al que me lo dijere, al que me librase de esta sospecha que extraviaba mi razón y desgarraba mi corazón como un buitre voraz, le daría una de mis provincias, la más bella, la más rica...

a menos que—y en sus labios se dibujó una sonrisa siniestra—, a menos que no lo enterrase vivo en alguna espantosa tumba para sepultar con él un secreto vergonzoso.

Y de un violento puntapié envió rodando al otro extremo de la sala un taburete que se encontraba a su alcance.

Comenzaba la escena de furor. Entretanto, Lancelot Bigorne no le quitaba los ojos de encima, y pensaba para sus adentros:

—¡Uff!... Soplan malos vientos... Ten cuidado, Lancelot, amigo mío, ten cuidado, si no quieres ser desmenuzado como una tibia hierba, arrastrada por el huracán... ¡Lo que somos! ¡El amor y los celos pueden vencer al más poderoso y al más fuerte, exactamente lo mismo que al más débil; pueden abatir al más orgulloso, lo mismo que al más humilde; sumirle en un estado de angustia y desesperación; convertirle en el animal más feroz y más inundo; fígre y cerdo al mismo tiempo!... ¡Cómo te felicito, Lancelot, porque prefieres tu botella a la más adorable de las criaturas, como dicen los enamorados! ¡Ah! ¡Las mujeres!... ¡Las mujeres!... ¡Seres diabólicos vomitados por el infierno para la perdición de nuestro cuer-